

# LA CLASE POLITICA NORTEAMERICANA ANTE LA GUERRA DEL 98

José Manuel ALLENDE SALAZAR y VALDES  
Embajador de España en Belgrado

Si se pregunta a un escritor europeo cuál fue el acontecimiento de política internacional más importante ocurrido en 1898, es muy probable que no mencione la guerra entre Estados Unidos y España por la posesión de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, sino que hable del enfrentamiento franco-inglés en el Sudán cuando éstas dos grandes potencias europeas estuvieron a punto de ir a la guerra por la posesión de un poblado lleno de paludismo y de enfermedades, llamado Fachoda y situado a las orillas del alto Nilo. Este incidente en un lugar remoto y aparentemente sin importancia estuvo a punto de producir una guerra franco inglesa. Durante unas semanas la opinión pública de los dos países, la prensa y más tarde los gobiernos, arrastrados por la marea bélica, se prepararon para un enfrentamiento entre Francia e Inglaterra. Se pudo decir entonces, en aquellos momentos angustiosos, que nunca Francia e Inglaterra habían estado más cerca de la guerra desde la época de Napoleón I. Sin embargo, el globo belicista se pinchó cuando empezaron las movilizaciones reales de tropas y el Gobierno francés se dio cuenta de que su Marina no podría nunca enfrentarse a la inglesa. Se llegó a una solución poco honrosa para los franceses que tuvieron que retirarse de la zona pero hubo, al menos, un diplomático francés clarividente, que dijo que las relaciones entre Francia e Inglaterra habían llegado a ser tan malas que desde entonces sólo podrían mejorar.

La importancia de esta fecha y este incidente de Fachoda de 1898, estriba en que esta profecía fue cierta y efectivamente, desde entonces, las relaciones y el diálogo empezaron a mejorar y llegarían ulteriormente a la formación de los grandes bloques (en el caso Francia e Inglaterra, la "entente cordiale") que constituirían los dos grupos de países que se enfrentarían en el tremendo suicidio colectivo de Europa de 1914.

Es indudable que este acontecimiento, pues, aun siendo menor ha tenido transcendencia en la historia del mundo, pero ello no quita para que en el año 98 fuera importante, muy importante, para españoles, norteamericanos, cubanos, puertorriqueños, filipinos, aunque apenas para nadie más.

Es interesante la evolución que ha sufrido la bibliografía histórica en los dos países que se enfrentaron en Cuba y en sus alrededores, España y Estados Unidos. Durante muchos años, al menos los españoles hemos considerado que la guerra del 98 es un enorme desastre nacional y ello fue considerado y perci-

bido así no sólo por los protagonistas de aquella derrota militar, sino para la generación inmediatamente posterior que llegó a recibir el nombre de la “generación del 98”, precisamente por la reacción revulsiva y la gran crisis de identidad que esta derrota produjo en los intelectuales que vivieron y escribieron inmediatamente después del desastre.

En cambio, es curioso constatar que en Estados Unidos, hoy día, se da una importancia mucho mayor a la guerra contra España que la que se le dio en aquel momento. Quedó entonces acuñada por los triunfantes y optimistas políticos e historiadores americanos la expresión de la espléndida guerrita “the splendid little war”, con la que se conocía a este enfrentamiento que barrió a España del mapa de América y Oceanía en cuestión de semanas. Parecía que todo había sido un paseo militar y que era evidente que el nombre de “espléndida guerrita” estaba justificado dada la facilidad con que los Estados Unidos habían vencido su primer enfrentamiento con un país extraamericano. (Excepción hecha de las guerras con Inglaterra.)

Sin embargo, hoy día, los historiadores americanos han hecho una revisión de la guerra en un doble sentido: por un lado, reconociendo la injusticia de la misma, la falta de justificación con que actuó el gobierno de Estados Unidos obligando y forzando a España a ir a la guerra y por otro lado, subrayando paralelamente que la guerra tuvo una importancia mucho mayor para Estados Unidos que lo que pensaba, mucho mayor incluso que para España misma.

Durante los años que viví en Washington, por razones profesionales, me llamó la atención este nuevo enfoque que se estaba dando a la guerra contra España que, por así decir, de repente se puso de moda entre los historiadores americanos, los comentaristas políticos, e incluso los periodistas y que sirvió para establecer una serie de comparaciones con otra guerra que en aquellos momentos, los primeros años 1970, estaba creando una enorme crisis de conciencia en la opinión pública americana. Me refiero a la guerra de Viet-Nam y a su comparación con la guerra que Estados Unidos mantuvo en Filipinas. En ambas se produjeron las notas más características de una guerra en la jungla, con sorpresas, con asesinatos por la espalda, una guerra sucia, en fin, en la que tanto los rebeldes como el Ejército regular norteamericano tuvieron que recurrir a las más espantosas medidas de aniquilación y represión para intentar controlar la situación. Es por esto por lo que la Guerra del 98 fue revisada, comentada extensamente y en profundidad durante los años en que la Guerra del Vietnam era el tema obsesivo de la opinión americana. Entonces se vio que lo que los americanos habían llamado la “espléndida guerrita” y en la que habían triunfado tan rápidamente sobre una potencia europea, fue en realidad una larga guerra que empezó en 1898 e interrumpidamente duró hasta cerca de 1916. Fue en esta fecha cuando la artillería norteamericana bombardeó hasta su aniquilamiento, incluyendo a mujeres, ancianos y niños, una serie de pueblos y poblaciones rebeldes en Isla de Mindanao, lo que acabó aquella guerra iniciada en Cuba contra España. Un año después sólo, en 1917, Estados Unidos iba a empezar otra guerra mucho más importante que era la I Guerra

Mundial, la primera vez que Estados Unidos intervenía en territorio europeo en una guerra de importancia capital. Viendo la duración real de este enfrentamiento, primero contra España, y luego contra los filipinos, se entiende mejor que la guerra del 98 y sus consecuencias fueron muy importantes para los Estados Unidos.

Sin embargo, la significación real de la guerra, tanto para España como para Estados Unidos, no está en su duración ni en el número de bajas sino en que ella produjo para ambas naciones y para los pensadores de ambos países una verdadera toma de conciencia, una crisis de identidad y una verdadera “catarsis” que fue sentida muy realmente por muchos pensadores de ambos lados del Atlántico.

Precisamente ahora han vuelto a estudiarse las figuras de muchos políticos estadounidenses que, sea por razones de partido o sea por razones individuales y de convencimiento personal, se opusieron tenazmente primero a que Estados Unidos fuera a la guerra contra España y segundo, sobre todo, a que se apoderase de los espacios territoriales que la fácil derrota española brindó inesperadamente al gobierno de Washington.

Así como hoy día los historiadores americanos, prácticamente en su totalidad, reconocen la injusticia con que su gobierno actuó empujando a la guerra a España, creo que también es de justicia que los españoles conozcamos y reconozcamos que una serie de políticos, pensadores, incluso algunos periodistas y muchas personas de buena voluntad en Estados Unidos, se opusieron e hicieron lo imposible para que aquel despojo de territorios del que fue objeto España, no tuviera lugar.

Y esto lo hicieron precisamente por considerar que los efectos de esta guerra iban en contra de la esencia y de los valores tradicionales sobre los que Washington y Jefferson habían fundado la nación norteamericana. En este aspecto se acercan las reacciones de los pensadores españoles y norteamericanos en el sentido de valorar más la importancia simbólica de la guerra que las consecuencias materiales de la misma. No es objeto de esta conferencia el entrar a estudiar el lado español pero es indudable que las consecuencias materiales de la guerra fueron mucho menores que las de tipo ideológico. Bien es verdad que perdimos los kilómetros cuadrados que abarcaban Cuba, Puerto Rico, la isla de Guam y el gran archipiélago filipino y que ello nos hizo perder una serie de ventajas económicas y una serie de productos básicos en nuestra economía diaria. Piénsese que cuando en España se hablaba del café, copa y puro, por ejemplo, tanto el café como el puro eran habanos y también lo era la copa, que normalmente en el siglo XIX español era también una copa de ron cubano. Aparte de estas consecuencias económicas más frívolas, hubo otras quizá, incluso positivas, como la repatriación de capitales en la península que iba a fomentar el desarrollo de la banca española, una especie de la banca vizcaína y otros efectos que se han estudiado debidamente. Pero el impacto para España fue indudablemente un problema de conceptos y de identidad nacional. Siempre se ha dicho que la reacción intelectual y de la opinión pública españo-

la ante la pérdida de todo el Imperio americano al comienzo del siglo XIX fue casi insignificante en comparación a la enorme revulsión que produjo la pérdida de los últimos despojos, casi de meros símbolos que quedaban en nuestro Imperio. Las razones también se han estudiado. Quizá al comienzo del siglo XIX aún se pensaba que los territorios que se perdieron en el Perú, Argentina, Méjico, Chile, etc., eran tierras del Rey que se podían perder igual que se habían desgajado el Rosellón o la Valtelina en épocas anteriores, sin que esto afectase a la entidad nacional. En cambio, al final del siglo XIX, había surgido por Europa, y por España, por tanto, toda la corriente romántica y nacionalista, la idea de la "Patria" y ello hizo que las reacciones ante la posible pérdida de Cuba y Puerto Rico se tomaran desde un punto de vista mucho más grave, como pérdidas de verdaderas partes de nuestro territorio, partes de la integridad de lo que era España, reacciones en cambio que no se produjeron unos años antes.

En Estados Unidos se puede decir casi lo mismo: los efectos materiales de la guerra son menores: perjudican a los productores de azúcar en Estados Unidos, afectan obviamente al despliegue militar y conceden a Estados Unidos unos cuantos kilómetros cuadrados más de territorio, pero, sin embargo, lo importante para Estados Unidos fue precisamente este planteamiento de una gran polémica que hizo que algunas voces señalaran que lo que se estaba haciendo iba en contra de los más básicos valores americanos.

Esta reacción americana se puede estudiar mejor si dividimos el proceso en dos fases o en dos momentos del conflicto, el primero que es el que lleva a Estados Unidos, como una marea bélica imparable, a provocar la guerra con España y la segunda fase es la que surge cuando se producen las primeras y arrolladoras victorias militares y que lleva a Estados Unidos a crear un Imperio. Se puede hablar, pues, de dos procesos consecutivos. Uno, la "marcha hacia la guerra" y otro "la marcha hacia el Imperio". Voy a estudiarlos rápidamente para señalar las características de cada uno de estos dos procesos y de los dos debates ideológicos que ellos produjeron.

Para estudiar la marcha hacia la guerra con España por la posesión de Cuba hay que remontarse a mediados del siglo XIX. Hay un documento diplomático muy curioso que son las instrucciones que el Gobierno de Washington dio en 1840 a su Ministro Plenipotenciario en Madrid (entonces no había Embajadores sino Ministros), en las que se le instruye para que comunique al Gobierno de Madrid que el Gobierno de Washington pondrá todos los medios y "todas sus fuerzas de Tierra y Mar" a disposición de Madrid para evitar que España sea expulsada de la isla de Cuba o cese su soberanía en ella.

Esta promesa se iba a hacer en parte verdad en 1898 en el sentido de que efectivamente Estados Unidos puso a contribución "todos sus medios militares, tanto de Tierra como de Mar". Hay, sin embargo, una "pequeña" diferencia y es el que los puso a contribución no para que España siguiese en Cuba, sino precisamente para todo lo contrario, para expulsar a España de Cuba.

Es verdad que 50 años es mucho tiempo en los cambios constantes que

sufre la política exterior y parece como si Estados Unidos hubiesen cambiado radicalmente su política entre 1840 y 1898. Sin embargo, si se analiza a fondo, se ve que Estados Unidos no había cambiado en absoluto su postura. Ambas posiciones respondían a la misma obsesión americana que es, ha sido y probablemente seguirá siendo, la de controlar lo que ocurre en Cuba, como una isla que la fortuna de la geografía ha colocado demasiado cerca de la península de Florida y del bajo vientre de los Estados Unidos, para que una potencia como Washington pueda permitir con tranquilidad que existan allí poderes y acciones que escapen a su control, aunque parece como si una maldición pesase en este sentido sobre la historia de Washington que desde 1840 hasta el momento en que se pronuncian estas palabras, sigue sin poder controlar o influir sobre lo que pasa en isla tan cercana a su territorio. Algún político americano dijo que lo mejor que se podía hacer con la isla de Cuba era volarla para que desapareciese. Dado que esto no reúne fáciles condiciones de factibilidad, lo que va a hacer Estados Unidos, en todo momento, es el influir con todo el peso de su potencia en la vida interna de la perla del Caribe.

Las reacciones, sin embargo, han ido cambiando en su forma, siguiendo los avatares de la política interna americana. Por ejemplo, cuando en el Congreso de Panamá, en 1826, se realizó el último intento de formar una gran Confederación en el Caribe, de la que formaría parte obviamente una Cuba independiente, Estados Unidos se declaró radicalmente en contra y ello al igual que en 1840 por una razón que está perfectamente documentada en las intervenciones públicas de los políticos americanos. El conceder la independencia a Cuba, conllevaría muy probablemente la división de los esclavos igual que había ocurrido en Haití al hacerse independiente. Para los Estados del Sur, Estados que basaban su economía en la institución social de la esclavitud, la idea de una Cuba independiente que manumitiese a los esclavos negros, era algo que no se podía soportar. Estos representantes de los Estados del Sur habían dicho en una ocasión, que estaban dispuestos a comerciar con Haití pero nunca a recibir (y cito literalmente), a “sus Cónsules mulatos o a sus Embajadores negros”, en su propio territorio.

Mientras siguiese la esclavitud en Cuba que en aquellos momentos existía puesto que España sólo empezó las primeras medidas de liberalización de esclavos hacia 1870, Estados Unidos sólo podía tener hacia Cuba una triple política que siguió durante estos años. La primera era que Cuba siguiera siendo española y a esto responde las repetidas promesas de Estados Unidos de poner todos los medios posibles para conseguirlo. Si esto no podía mantenerse, lo más importante para Estados Unidos, como segunda opción, era que Cuba no pasase a terceros países europeos. Por aquellos años se hablaba a menudo de que Inglaterra e incluso Alemania, podían tener deseos de adquirir la isla de Cuba y eso que estaba completamente infundado, sin embargo preocupaba mucho a los Estados Unidos. La tercera posibilidad si España no podía mantener su posesión en Cuba y se evitaba que otro estado europeo la adquiriese, era pura y simplemente la compra de Cuba por Estados Unidos.

Esto no era nada nuevo en la política americana puesto que Washington había comprado Louisiana, Florida y más tarde Alaska y las ofertas de compra de Cuba a España se repiten a cada momento durante el siglo XIX y de momento también son rechazadas por España.

Sin embargo, durante estos años, nadie habla de otra posibilidad o de otra opción, que es la violenta, es decir, la de la guerra. Esta idea aparece curiosamente en 1853 en un documento diplomático poco conocido que ha sido llamado el manifiesto de Ostende. Este documento se produce cuando el Gobierno de Washington (que había hecho una de sus múltiples ofertas de compra a Madrid y que había sido inmediatamente rechazada), decide que sus representantes diplomáticos en España, en Francia, Inglaterra, se reúnan en algún lugar de Europa para discutir qué se puede hacer y qué perspectivas hay de adquirir Cuba y evitar que otro país europeo la adquiriera. Los tres representantes se reunieron en la ciudad de Ostende, que da nombre a este papel, y elaboraron un informe que después fue de alguna manera publicado ilegalmente y tuvo gran publicidad. En este informe los tres Embajadores coinciden en que hay que seguir insistiendo en la compra de Cuba, señalando a España que Estados Unidos estaba dispuesto a pagar el precio razonable que se llegue a fijar y amenazando en el sentido de que si España no se aviene a ello y la rebelión en Cuba brota, se puede llegar a la situación, en la que se dice, literalmente, igual que una persona puede irrumpir en la casa vecina que está en llamas para destruirla y evitar que el incendio se pase a su propia casa, Estados Unidos se podría ver obligado a intervenir en Cuba para evitar que esa situación de rebelión perjudique a los intereses de su cercano territorio. Esta es la primera vez en que en un documento elaborado por políticos y por funcionarios americanos se habla de la opción de la violencia, es decir, de la intervención agresiva en Cuba ante una rebelión en Cuba que España no puede controlar.

Sin embargo, pasaron los años y hay un acontecimiento de política internacional interna, en política interna americana, que cambió gran parte del planteamiento hecho hasta entonces. Con la Guerra de Secesión, la esclavitud desapareció en Estados Unidos y por otro lado España empezaba lentamente a dar libertad a sus esclavos negros en Cuba. La situación, pues, era diferente puesto que ya no importaba que una Cuba independiente diese libertad a los negros, ya que esos también eran libres en Estados Unidos, pero, sin embargo, las consideraciones estratégicas de controlar lo que ocurriese en la isla de Cuba seguían siendo vigentes. Estados Unidos, sobre todo los Estados del Sur, salieron muy debilitados en su larga e inacabable Guerra de Secesión y quizá exhaustos por este esfuerzo no pensaron seriamente en aprovechar la primera rebelión, la de 1868, en Cuba para intervenir allí.

Si la generación de 1868 perdió, pues, esta oportunidad, la generación de 1898 no la iba a perder. Cuando hablo de la generación del 98 en sentido americano, no me refiero como en el español a los que sugiero con motivo del desastre de la derrota militar sino a los americanos que están activos en el momento en que los Estados Unidos fue a la guerra con España. Esta genera-

ción del 98 americana estaba formada por hombres fuertes en la empresa, en la industria, que estaban creando con la ayuda de muchos emigrantes europeos un poderosísimo estado industrial. Los nombres de Vanderbilt, Carnegie, Rockefeller, Morgan son otros tantos nombres que recuerdan la enorme potencia de Estados Unidos al final del siglo XIX. Quizá la clase política americana en aquellos momentos no correspondía en energía y personalidad a sus hombres de empresa y entre los dirigentes del país había una mezcla de hombres brillantes y hombres más apagados y con menos influencia real en su opinión pública.

Desde el momento en que empieza en 1895 la segunda rebelión cubana contra España, que iba a ser la definitiva, Estados Unidos sigue más o menos en su política de controlar lo que ocurre allí a través de tres líneas de acción. La primera es la concesión casi masiva de nacionalidad americana a los cubanos que escapaban de Cuba y que les iba a valer, cuando volvían a su isla para ayudar a la rebelión, ser hechos prisioneros por los españoles, el ser exonerados de la jurisdicción militar, puesto que siendo súbditos extranjeros el Cónsul americano se encargaba enseguida de pedir la exención de la jurisdicción excepcional para ellos. La segunda línea era cierta tolerancia en que los barcos cargados de armas que iban de Estados Unidos a Cuba pasasen el bloqueo, y la tercera era una larguísima serie de notas diplomáticas de protesta, presentadas al Gobierno de España sobre la represión española contra los rebeldes y los mambises cubanos.

Esa política sigue durante toda la rebelión de 1895, pero en sus momentos más importantes hay dos personalidades políticas que influyen decisivamente en el conflicto, cada una en un sentido opuesto.

La primera es el Presidente de Estados Unidos Cleveland, que por entonces estaba en la mitad de su segundo mandato y que era un hombre de una integridad absoluta. Según parece no era un hombre muy brillante, nacido en la pequeña ciudad de Buffalo (Estado de New York) y del que se dijo que si hubiera nacido en una ciudad más grande y más competitiva nunca podría haber llegado a ser el Presidente de los Estados Unidos, como llegó; pero que sin embargo tenía grandes convicciones que mantenía a rajatabla y una de las cuales era su actitud anticolonialista. Por entonces, hacía furor otro problema colonial en que también se estaba metiendo Estados Unidos que era la anexión de las islas Hawai. Se había producido un golpe de los plantadores de azúcar americanos que vivían en Hawai que habían destronado a la reina indígena de aquellas islas y habían formado una República independiente que había pedido la anexión del archipiélago a Estados Unidos. Cuando todo iba bien, cuando el Cónsul americano de Estados Unidos había hecho venir tropas americanas a Honolulu para que pudieran proteger los intereses americanos y de hecho para mantener y fomentar esta República proamericana de Hawai que pedía la anexión a Washington, surgió la voluntad férrea de Cleveland que se opuso, en contra de los sentimientos del Congreso americano, a que se realizase la anexión de estas islas y, por lo tanto, la negación de los derechos legítimos de la

reina hawaiana. Por entonces, también, y por las mismas razones, Cleveland hizo todo lo posible para frenar las influencias cada vez mayores de los americanos y en la isla de Cuba. Se negó a que se les concediera el estatuto de beligerantes y mandó una nota más a Madrid, pero una nota mucho más positiva que las anteriores, ofreciendo una mediación (que al aparecer fue sincera) entre los rebeldes cubanos y Madrid y que según historiadores españoles posteriores fue una ocasión perdida por Madrid que rechazó de plano la oferta. Quizá fue ésta la última posibilidad que hubo de un arreglo pacífico del problema. Cleveland también dio órdenes de que su Marina luchase realmente contra el contrabando de armas desde Estados Unidos hacia Cuba con bastante éxito. Hay que recordar que desde las 71 expediciones que registra la historia de barcos llevando armas para los rebeldes cubanos solamente dos fueron interceptados por la Marina española, cinco por la Marina británica que también actuaba en esas aguas y 29 por la Marina norteamericana. Sin embargo, los buenos deseos de Cleveland se estrellaron muchas veces contra una actitud más intervencionista de otras instancias de poder y así muchos de sus contrabandistas que eran interceptados y detenidos en Estados Unidos eran luego juzgados y considerados como súbditos americanos o personas que estaban actuando en aguas no territoriales y por lo tanto sobre los que los jueces americanos se declaraban incompetentes, y se les volvía a dar la libertad. De todas maneras Cleveland hizo todo lo que pudo tanto para frenar tanto la anexión de Hawai como la marcha hacia la guerra con España y solamente cuando cesó en su mandato y fue sucedido por el Partido Republicano y por el Presidente MacKinley es cuando las posibilidades de la paz con España empezaron a disminuir de manera sensible.

MacKinley era el polo opuesto de Cleveland, era hombre que se plegaba a la opinión pública, sin un programa claro de política internacional y que comenzó su mandato con una clara ingerencia en asuntos internos, mandando una durísima nota a Madrid contra la política de concentración que llevaba a cabo el General Weyler en Cuba.

La marcha hacia la guerra no corresponde a su desarrollo en esta conferencia, puesto que son acontecimientos bien conocidos y repetidos en este Seminario. Sólo es preciso recordar cómo a medida que España va avanzando en su plan de autonomía, MacKinley endurece su postura puesto que probablemente lo último que podía desear Estados Unidos era una solución vía autónoma del problema de Cuba, puesto que ello les dejaría en una situación en que no podían influir en la isla. Por lo tanto, se produce la dramática situación de que España busca el plan de autonomía creyendo que es la solución más favorable para Estados Unidos y Estados Unidos intenta boicotearla pues ve que la solución más favorable no es ciertamente la autonomía sino su intervención allí. Los demás acontecimientos son conocidos: el 15 de febrero vuela el *Maine* por los aires, el 9 de marzo se firma la Ley Cannon con el crédito extraordinario para ir a la guerra no declarada todavía; también por aquellas fechas el Subsecretario de Marina, Roosevelt, en ausencia del titular de la Cartera,



manda una serie de órdenes aumentando las municiones y los barcos de la Escuadra del Pacífico y da órdenes al Almirante del Pacífico, Almirante Derwey, que en caso de guerra expulse a los españoles de las islas Filipinas. Nada tenía que ver aquel archipiélago con el problema del Caribe pero basándose en la idea de que al enemigo hay que perseguirle allá donde esté, lo que Roosevelt estaba montando en el fondo no era la derrota de los españoles en Filipinas, sino la ocupación americana de estas islas. Llega la guerra a pesar de que el Gobierno español acepta el alto al fuego bilateral en última instancia y el Presidente recibe el mandato del Congreso de que expulse a España de Cuba, exclusivamente. El resto, el expulsarla de Puerto Rico, de Filipinas y el posesionarse de esos territorios ya no es la guerra que ha decretado el Congreso americano, sino la guerra particular del Sr. MacKinley.

¿Cómo justificaba la clase política americana esta marcha hacia la guerra?

Es curioso señalar que en primer lugar, la famosa doctrina de Monroe de “América para los americanos”, no fue aludida en ningún caso por MacKinley durante estos meses previos o simultáneos a la guerra porque la doctrina Monroe también tenía otro artículo en que Estados Unidos se comprometía a no interferir en los países que aún tuvieran colonias en América, por lo tanto, ella no justificaba en absoluto la guerra contra España.

Pero ciertamente no faltaban otras teorías que pudieran dar la cobertura de legitimidad a la guerra: entre otras la teoría del destino manifiesto, del “manifest destiny”, según el cual el destino claramente señalaba a Estados Unidos que debía llegar a ocupar el territorio que marcaban sus “fronteras naturales”. Este concepto de “fronteras naturales” había sido utilizado por muchos países, entre ellos, Francia, que fijó el diseño de sus actuales fronteras llamándolas “fronteras naturales” del país y había justificado para los políticos americanos la adquisición de Oregón de Inglaterra, la compra de Luisiana y Florida, la guerra contra Méjico para ocupar Tejas y otros territorios adyacentes y la lucha contra los indios, porque también los territorios que ellos ocupaban se consideraban dentro de lo que el “manifest destiny”, el destino manifiesto, de las 13 colonias originales de Washington marcaba como su territorio natural. Es indudable que esta teoría era sólo válida para el Caribe porque era muy discutible considerar que las fronteras naturales de Estados Unidos incluían territorios tan lejanos como las islas Filipinas, pero otras doctrinas venían en ayuda de los políticos.

Una de ellas era la del “darwinismo social” del filósofo americano Herbert Spencer, que basándose un poco en las ideas de Rudyard Kipling sobre la “carga del hombre blanco” que tiene la obligación moral de civilizar los pueblos subdesarrollados, consideraba que los pueblos más preparados para triunfar (igual que las especies biológicas más adecuadas para el triunfo en la teoría de Darwin), tenían el derecho y la obligación de imponerse y civilizar a otros grupos sociales humanos más atrasados. Eran épocas de un racismo un tanto ingenuo en que todos los americanos estaban de acuerdo en la superioridad de dos razas (entonces se hablaba de la raza anglosajona y la

teutónica) como superiores a las demás y que justificaba cualquier intervención en otros pueblos.

También venían en ayuda las teorías del Capitán de Navío Mahan, que consideraba que Estados Unidos para su supervivencia como país debía tener una flota mercante, una flota de guerra y una serie de bases en el exterior de su país donde pudieran carbonear sus barcos para moverse libremente por los mares. Es indudable que dentro de estas bases muy bien podría entrar la necesidad de tener Cuba, Puerto Rico y si se estiraba un poco más, también Filipinas. Hay que recordar que las teorías de Mahan aparecen por primera vez en 1890, es decir, el mismo año que con la batalla de "Wounded Knee" se ha acabado de conquistar el territorio indio. Entonces ya no había más que incorporarse dentro del continente y las teorías de Mahan apoyaban el seguir extendiendo el poderío americano fuera de la tierra firme.

Por último, dos elementos importantes en la formación de esta opinión pública arrolladora que arrastró a MicKinley hacia la guerra fueron, por un lado, la empresa americana aunque sorprendentemente y según todos los estudios que se han hecho posteriormente, no influyó claramente a favor de la guerra. Por razones económicas y de comercio, se mantuvo en la actitud pasiva, aunque es verdad que individualmente algunos de sus mayores representantes abogaron por la guerra, pero a título individual, mientras que otros importantes también se negaron a ello. Sin embargo todos iban a ser arrastrados por la marea belicista. El segundo factor importante, probablemente decisivo, es la influencia de la prensa en la marcha de la guerra. La prensa americana de aquellos momentos, la llamada luego "prensa amarilla", es la que produce el estado de ánimo de histeria belicista y principalmente por obra de dos personas: por un lado Pulitzer, húngaro inmigrado, que poco se interesaba porque Estados Unidos tuviera más tierras en el Caribe, pero que quería vender más ejemplares de su periódico "The World" y, frente a él, otra figura imponente de la prensa americana, Hearst, que tampoco estaba muy interesado en otra cosa que no fuera el vender su periódico "The New York Journal" más que su rival Pulitzer. En todo caso, estos dos hombres forman una nueva prensa diferente, con un nuevo formato, con recurso a las ilustraciones en la que aparecen los horrores de la represión española, llegan a inventar noticias y siguen informando muchas veces sólo con noticias obtenidas en el "Club del Cacahuete", que era el club en el que los rebeldes cubanos se reunían en Nueva York para fomentar el descontento contra España. En todo caso, todos estos factores a favor y en contra juegan para que se llegue a la guerra.

Pero después y con ello paso a la segunda parte de esta pequeña charla, ocurre algo nuevo, al ser destruida la escuadra española en Filipinas en cuestión de dos horas y al ser destruida más tarde la de Cervera en la bocana de la bahía de San Santiago. Se produce así una situación estratégica que ni los más imaginativos planificadores americanos podían haber pensado y es que España se queda sin medios para defender su Imperio ultramarino. Al día siguiente de la derrota de Cervera, lo que Estados Unidos poseía en cuestión de espacios

territoriales conquistados, solamente era el Arsenal de Cavite, en Manila y la ciudad de Santiago en el extremo oriental y menos importante de la Isla de Cuba. Por lo tanto, las ganancias territoriales eran muy pocas pero la situación era muy favorable puesto que España no podía, no tenía medios en absoluto para defender aquellos territorios al haberse quedado sin Marina.

Entonces surge de repente la posibilidad que ya habían acariciado algunos de los más atrevidos que es la de formar un imperio; la de conquistar más tierras ante un país que no puede defenderlas. Comienza entonces la carrera contra reloj para conquistar Puerto Rico, lo que se consigue en pocas semanas, durante las cuales se van dando largas y se ponen dificultades al armisticio que pide Madrid. El tal armisticio se solicita el 18 de julio sin condiciones, es decir, sin introducir grandes problemas legales como podrían surgir cuando se va a firmar un tratado de paz. Bastaba con aceptarlo o no. Pues bien, desde el 18 de julio, en que España pide el armisticio, siguen las dilaciones hasta el 12 de agosto. Mientras tanto, todo Puerto Rico ha caído, se ha cercado Manila y la ciudad cae tres horas después de que se hubiera aceptado la petición española de armisticio. Sin embargo, con estas dilaciones, Estados Unidos había ganado una serie de territorios algunos durante la prolongación de la guerra, otro incluso horas después de firmado el armisticio, que iban a permitir el crear inesperadamente un Imperio ultramarino al estilo de las potencias coloniales europeas. Aquí de repente, Estados Unidos se veía en la posibilidad de remedar a Inglaterra o a Francia que tenían ya enormes Imperios ultramarinos.

Sin embargo, cuando España, arrinconada en las conversaciones de París, tiene que aceptar estas anexiones, se plantea de repente a MacKinley un problema dentro de los Estados Unidos y es la oposición a esta anexión que muchos consideran va contra la nación americana. Este debate terrible que estuvo a punto de hacer naufragar el tratado de paz durante su ratificación por el Senado, se hace por una serie de motivos, ciertamente muchos no proespañoles, sino por una crisis ideológica que produce la idea de que Estados Unidos se convierta de golpe en un estado colonial como los europeos.

Coincide en parte con una razón de partido, puesto que iban a tener lugar las elecciones intermedias, las que ocurren entre cada elección del Presidente, a los dos años de la misma, y que casi siempre suelen ser ganadas por el partido de la oposición. Es por ello cierto que muchos de los que se oponían a la ratificación del tratado de paz y la anexión de nuevos territorios, lo hacían por razones partidistas, pero también hay que reconocer que hubo muchos intelectuales de gran talla que protestaban por razones ideológicas. Algunos desde un punto de vista independiente, es decir, sin pertenecer a ningún partido, sino por convicción de que aquello traicionaba las más básicas instituciones norteamericanas o por razones más peregrinas como pensar que los pequeños indígenas tropicales no debían convertirse en ciudadanos americanos. Finalmente, el sector más meritorio, si se quiere emplear esta expresión, es el formado por aquellos políticos del partido republicano que se opusieron a la política de su partido por convicciones antiimperialistas. Se puede citar a Andrew Carnegie, el

gran millonario y empresario del Partido Republicano, pero que se ofreció a recomprar Filipinas para darle la independencia; el gran político Thomas Reed que declaró que si en Manila sólo se había perdido un solo soldado americano en cambio en el Tratado de Paz se iban a perder todas las instituciones más sagradas de su país. También figuras como el gran escritor Mark Twain, quizás el escritor más conocido en aquellos momentos en Estados Unidos, o el influente líder sindical Samuel Gompers que se opusieron tenazmente a la ratificación del Tratado. Hubo un momento en que parecía que estaba perdido en la votación del Senado hasta que el líder de la oposición demócrata, Bryan, cometió un enorme error político aconsejado en el último minuto el voto positivo de su partido a favor del Tratado de Paz, por la peregrina idea de pensar que la anexión de Filipinas crearía tantos problemas al Gobierno de MacKinley, que éste perdería las próximas elecciones, cosa que no ocurrió.

En todo caso, por una razón o por otra, una serie de americanos se opusieron a la guerra y al Tratado de Paz y a la creación del Imperio y hay que respetar su nombre aunque recordando que la gran mayoría se dejó llevar por la corriente belicista en parte formada por la prensa o bien convencimientos y deseos conscientes de hacer un Imperio del estilo europeo.

El hecho es que Estados Unidos después no ha seguido este formato de imperio y desde la I Guerra Mundial no ha buscado más colonias extranjeras y ha encontrado medios quizás más sutiles o más sofisticados de influir la marcha de muchos países sin copiar el formato europeo. Pero la importancia, indudable, que para Estados Unidos tuvo desde un punto de vista conceptual, la Guerra del 98, es que fue la primera vez que Estados Unidos se asomó a su puerta y le dijo al resto del mundo que tenían que contar con ellos para cualquier cambio importante que se produjese en cualquier punto del globo. La política exterior americana de intervención e influencia en el resto del mundo empezó en el año 98 y, aun variando de formas, inicia una etapa que todavía se prolonga hoy con diversos procedimientos.